

fisonomía de los estrechos valles que se abren entre las áridas colinas. Muchos kirguises, en cuyos ahumados kibitkes agrúpanse actualmente los habitantes alrededor del fuego de los hogares, están emplazados entre las aldeas junto á las cuales pacen los rebaños de caballos y de bueyes.»

Varias veces se ha hecho notar que á la aparición de hordas nómadas en la frontera occidental del territorio de las estepas han correspondido desplazamientos en el lejano Oriente que es muy posible hayan ejercido su presión desde tan larga distancia. Recientemente ha enlazado Grigoriev el avance de los sarkes por el Jaxartes hasta muy cerca de la frontera de la India con los progresos de los hunos al Este, los cuales, á su vez, empujaron á los uzes quienes, por su parte, pusieron en movimiento á los getsas. Hasta el presente siglo los causantes de los movimientos á que estuvo sujeta el Asia occidental fueron siempre los turcomanos que habitaban al Oeste. Sin embargo, el hecho de que esta sacudida única conmoviera á toda la cadena de poblaciones que se extendía entre el Amur y el Volga no se comprendería si se considerara habitado por las mismas todo el territorio del Asia central, pues en este caso la sacudida procedente del lejano Oriente no sería más que un golpe dado en un receptáculo en el cual sería fácil una desviación en todas las direcciones de la periferia. En lugar de esto, los nómadas del interior del Asia habitan compactos sólo una serie de territorios eslabonados y separados por desiertos, montañas y oasis de cultivo y como la compresión se verifica entre el Sud y el Norte compréndese que la transmisión de la sacudida se realiza entre el Este y el Oeste. Esta transmisión, sin embargo, no es físicamente necesaria en todas las circunstancias. Andando el tiempo, este movimiento de oleaje ha de producir una abigarrada mezcla de razas. En los pueblos en que, como en los galatches, no es costumbre que los hombres busquen esposas dentro de la misma tribu, las mezclas son tan numerosas y vastas que los más perspicaces observadores desesperaron de encontrar allí razas puras. La noción de «baskires puros» tal como la encontramos aplicada á los 50.000 individuos de esta tribu que viven en el círculo de Burjansk es de un valor puramente relativo cuando junto á ellos encontramos á los tepteres considerados como «evidente mezcla de baskires y tártaros» (Ujsalvy) establecida allí más tarde, en cuyos grupos predomina ora la sangre baskira ora la turcotártara. Una región relativamente tan pequeña como es el territorio del Ili contiene, además de chinos, mogoles y kirguises no menos de tres razas mixtas, á saber: los tarantches (tártaros y arios), los dunganes (probablemente uigures y chinos) y los sebes (mogoles y chinos). Además los karakirguises en este territorio residentes son por su aspecto externo extraordinariamente mogoles. El rapto de hombres y de mujeres ha contribuido desde hace mucho tiempo á borrar las diferencias de razas, por otra parte, no muy profundas.

Es costumbre decir que la estepa en toda su extensión es la patria de los nómadas, mas esta afirmación, que hemos procurado justificar con nuestras anteriores consideraciones, no significa la negación de una idea correspondiente á la noción de patria que tienen los pueblos sedentarios. El derecho de conquista ó el consuetudinario han asignado á las distintas tribus, grupos de tiendas y familias y terrenos de pasto por los cuales aquéllas vagan uno y otro año y cuyas distintas secciones son utilizadas de una manera tradicional como pastos, tierras de labor, regiones de pozos, puntos de reunión, cazaderos, sitios á propósito para robos y no en último término como asilos fuertes por naturaleza ó bien defendidos. La historia de los nómadas

del Asia central demuestra que el empuje extranjero más que el deseo propio hace que aquéllos atraviesen sus fronteras excesivamente extensas. Los mismos turcomanos de la estepa independientes y tan amantes de su libertad han tenido que reconocer el poder de la comunidad de intereses que consigo trae la utilización de las obras de riego y de las tierras de labor por medio de éstas fecundadas: como unas y otras necesitan cierta inspección que esté por encima de todos, eligen los turcomanos de su seno á los más ancianos (*aksakales*) y á los kanes; á pesar de lo cual el agua, primer elemento de vida en el desierto, es causa de frecuentes luchas.

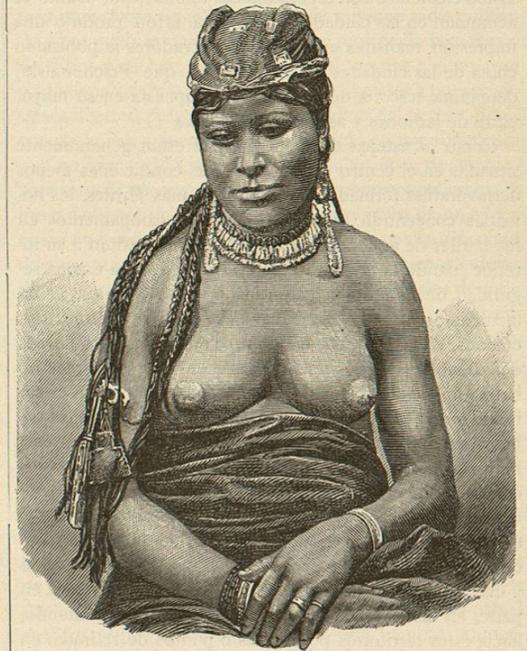
Aun cuando en este estado de cosas no puede hablarse de fronteras perfectamente marcadas, los grandes grupos se ven contenidos en sus movimientos normales por determinados límites trazados por la naturaleza; por esta razón los kirguises-kasaks no han traspasado en sus emigraciones el Altai al Norte, el Alai al Sudeste y el río Ural al Oeste, constituyendo una segura frontera meridional las colinas que desde el Norte de Chokanda y de Bochara descienden hasta el bajo Oxo. Entre los mogoles los grandes grupos de los ulus tienen por regla general fronteras muy marcadas dentro de las cuales los grupos pequeños van recorriendo los pastos que desde hace mucho tiempo les pertenecen, lo cual no obsta para que sus residencias de invierno y de verano estén separadas unas de otras por distancias de algunos centenares de kilómetros. No sólo la tribu de los kara kirguises reside desde el siglo décimosexto en el Issi-Kul sino que las distintas familias de que se compone explotan desde hace algunas décadas casi las mismas praderas. Estas fronteras únicamente aparecían fijamente determinadas en aquellos puntos en que la naturaleza había levantado montañas, extendido anchos ríos ó emplazado áridas dunas. «Donde las fronteras están formadas por la estepa con sus nómadas — dice Wenjukow — los límites nunca podrán tener gran fijeza porque las praderas que aquéllos frecuentan no pueden deslindarse exactamente puesto que cada año varían según el estado del forraje. Como Rusia ha querido siempre vivir en paz con China no han estallado en esa región las luchas que en otro caso no hubieran dejado de ocurrir.» En 1869-1870 fijóse por vez primera la frontera ruso-china señalándose como tal la cumbre del Tarbagatai.

A más de que este estado de cosas constituye una probabilidad de numerosos conflictos intestinos y con las vecinas potencias, la organización militar hija de la naturaleza aumenta en tan alto grado el peligro que estos pueblos constituyen para los sedentarios, que inevitablemente se encienden guerras de universal importancia como no las han tenido en millares de años el Irán y el Turán. El nómada es como pastor una noción económica y como guerrero una noción política; en él es cosa sumamente fácil pasar de un estado honrado al de guerrero y de bandido; todo lo de la vida tiene para él un lado pacífico y otro guerrero, un lado de nobleza y otro de bandolerismo y según las circunstancias se inclina al uno ó al otro. Hasta las profesiones de pescador y de marinero degeneraron ejercidas por los turcomanos del Caspio oriental, en piratería, pues del mismo modo que en tierra no son pastores pacíficos sino ladrones terror de sus vecinos, en el agua se han dedicado hasta fecha muy reciente á la rapiña. Hace muy poco tiempo todavía los botes turcomanos recorrían el mar Caspio haciendo prisioneros á los pescadores de Astracán y del Ural; pero desde que toda la costa oriental del Caspio hasta la desembocadura del Atrek ha pasado á poder de los rusos y desde que en la isla de Askur-Ade se creó

una estación marítima rusa, los turcomanos se han hecho pescadores y venden pacíficamente los productos de su pesca en dicha isla ó en Kraswonsk. Todos los sitios de pastos de una tribu turcomana confinaban en otro tiempo con una extensa zona que podía ser designada como territorio de rapiña: todo el Norte y el Este de Chorassán pertenecieron durante muchos años á los turcomanos de Achal y Merw, á los yomudes, goklanes y otras tribus de las contiguas estepas más que á los persas bajo cuya soberanía nominal estaba aquella provincia. De igual manera estuvieron expuestos los territorios fronterizos de Chiva y de Bochara á las correrías de los tekinzes hasta que los príncipes de esos países consiguieron poner entre ellos y aquéllos, á modo de almohadilla que parara sus golpes, á otras tribus turcomanas ganadas por la violencia ó por el soborno. La historia de la cadena de oasis que facilita, al través de las estepas, la unión entre el Este y el Oeste de Asia y en la cual dominan desde muy antiguo los chinos gracias á la posesión de algunos puntos de gran importancia estratégica como el oasis Chami, ofrece innumerables pruebas de la fuerza de esta tendencia. Los nómadas del Sud y del Norte procuraron siempre sentar sus reales en las islas fértiles que pudieron parecerles mansión de bienaventurados, teniendo cada horda de bandidos, lo mismo vencedora que vencida y obligada á huir, asegurada la retirada á la protectora estepa. Destruído el peligro más grave por haberse debilitado constantemente gracias á la acción de los siglos el mogolismo, y desaparecida con ello la dominación de hecho del Tibet, vino la rebelión de los dunganes (véase pág. 178) á demostrar en 1870 cuán fácilmente el oleaje de una población movедiza conmueve con sus embates estas islas fértiles que en medio del desierto aparecen y cuya existencia sólo puede asegurarse destruyendo antes el nomadismo, cosa imposible mientras haya estepas en el centro de Asia.

La guerra y el bandolerismo están íntimamente enlazados con la vida de los pastores hasta el punto de que el ca yado llega á ser un arma (véase el grabado de la pág. 169). El curso de la vida pastoril, al parecer pacífica, determina el modo de ser de la guerra: cuando en el otoño regresa el nómada de sus pastos con sus caballos bien cebados y cuando ha terminado la segunda tonsura de las ovejas, empieza á pensar en los robos y en las venganzas que para entonces ha ido aplazando y que están recíprocamente enlazados aun entre aquellos nómadas puros á quienes la proximidad de territorios cultos fácilmente saqueables convierte en bandidos y ladrones en grande escala. Las *barantas* (nombre que literalmente significa hacer ó robar reses) de los kirguises ostentan en toda su pureza el núcleo de las correrías de rapiña y son la expresión del derecho de la fuerza que en las cuestiones litigiosas, en los asuntos de honor y en las venganzas buscaban una compensación y una garantía en aquello que más valor tenía para el enemigo, en los rebaños. La primera degeneración de este estado la encontramos en el hecho de que los jóvenes que no habían realizado ninguna baranta no podían usar el nombre de *batir*, héroe, ni exigir honores y respeto. Al afán de aventuras júntase, además, el deseo de poseer, formándose de esta suerte la escala descendente de los tres peldaños vengador, héroe y bandido. De fijo que en el grado más bajo se encuentran las *alamanas* de los turcomanos, ó sean las correrías de rapiña organizadas en los territorios fronterizos persas. Antiguamente, cuando por vez primera se cerró el círculo de las colonias fijamente asentadas, esos golpes revestían un carácter más grandioso, pudiendo entonces decirse que el papel histórico de los

turcomanos, la más guerrera y movедiza de las tribus turcas, se reducía á tentativas siempre reproducidas para romper el ciclo de cultura iránico. Pero después, el rapto de hombres y el robo de toda clase de bienes muebles aparecieron en primera línea y si bien las barantas tenían en el fondo algún motivo noble, en cambio las *alamanas* demuestran cómo las costumbres nómadas degeneran en la frontera de la civilización. Y aunque como disculpa pudiera decirse que encerrados entre el mar Caspio y la frontera septentrional de Persia, oprimidos por Rusia, Persia y los Kanatos y teniendo á sus espaldas á los numerosos y bélicos kirguises de la gran estepa la situación de los infelices turcomanos desterrados á uno de los más pobres rincones del Asia central hubo de ser desesperada, no cabe



Esclava nubia (De una fotografía).

decir lo propio de los vecinos de China igualmente ladrones que poseían al otro lado de la antigua frontera del Imperio, delante de la famosa muralla, excelentes pastos que desde entonces, puestos en manos de los colonos chinos, se han convertido en magníficas tierras de labor. El cebo de las riquezas de los territorios cultos por un lado y por otro la pereza y el ansia de aventuras fueron causa de que los nómadas de todos esos distritos fronterizos fuesen ladrones ó poco menos.

En la estepa se refugian todos los desertores de la civilización que tienen motivos poderosos para renunciar á la vida sedentaria y abandonar á su patria y que aumentan, de un modo considerable y á menudo peligroso el número de los vagabundos. Las inmigraciones son generalmente un elemento destructor de la civilización, siendo muy raras las que llevan consigo la cultura y producen resultados beneficiosos; entre estas últimas podemos citar la de los rusos adictos á la antigua fe que buscando su tierra de promisión, Bjalowodje (Agua blanca), llegaron en 1861 hasta el Tarim en donde habitaron chozas de caña y de donde regresaron al poco tiempo. Los chinos que cultivan y fuman el opio en Mogolia pertenecen también al

número de estos proscriptos pacíficos y desde que se prohibió el cultivo del opio en China contribuyeron poderosamente a aumentar el oleaje de la emigración a Occidente. Pero a esa emigración de agricultores chinos se unen, ó de ella salen una porción de elementos menos buenos: así por ejemplo todos los otoños se dirigen al Dalai Nor para procurarse provisiones para el invierno gran número de chinos vagabundos, pueblo sin patria como los que suelen contener los territorios fronterizos de los países civilizados, uniéndose a ellos desertores, criminales fugitivos y hasta leprosos: estos últimos forman á menudo pequeñas sociedades aisladas á las cuales la común suerte prohíbe penetrar en una ciudad y andar por las calles públicas. En Yunnan oímos hablar de grupos de estos desdichados. Estos elementos son especialmente temibles por cuanto se acumulan en las ciudades y por esta razón produjo una impresión malísima en muchos observadores la población china de las ciudades de las estepas, que Prschewalskij denomina «escoria de los chinos compuesta en su mayor parte de ladrones y asesinos convictos.»

Como las estepas de arena y de sal están generalmente situadas en el centro de un anillo de condiciones menos desfavorables formado por territorios más fértiles, los nómadas concentran preferentemente sus campamentos en los bordes de aquel centro árido y sólo se retiran á su interior cuando la necesidad les obliga á ello: esa misma seguridad de la retirada garantida por la naturaleza es un factor importante en ese cálculo. Por esto en la estepa turcomana, en el Gobi por ejemplo, se encuentran los bordes densamente poblados mientras que el interior aparece inhabitado, siendo esta aglomeración lo único que en cierto modo marca la línea fronteriza de los territorios de las tribus nómadas en aquellos parajes en donde faltan fronteras naturales como el mar Caspio ó el río Hoangho. Los turcomanos que como nómadas cambian constantemente de residencia marcan los límites de sus territorios únicamente con los campamentos que emplazan en el borde extremo de las estepas. Las fuentes de la fortaleza del nomadismo y más aún de su persistencia estaban y están todavía en parte, en las dos grandes porciones del antiguo mundo, hacia estos territorios posteriores ó puntos de retirada: en Asia tuvo aquél completamente abierta toda la parte septentrional del continente, desde los 55 á los 60° de latitud Norte aproximadamente, hasta que los rusos se establecieron en las fértiles cuencas del Ob, del Jenissei y de sus afluentes. Los miserables pueblos cazadores y pastores de rengíferos de origen tunguso ó turco que tan diseminados habitaban no opusieron dique alguno al empuje de estas olas que sintiéndose completamente seguras por la espalda pudieron con doble furia llevar sus inesperados ataques contra el Sud, el Oeste y el Este. El curso de la historia del antiguo mundo apenas sufrió con la conquista de Siberia por Rusia mayor modificación que con la conquista y colonización de la Mogolia realizadas por China: quizás Europa ganó con aquella tantas fuerzas como con éstas alcanzaron el Este y el Sud de Asia. En Africa y en el Oeste de Asia la propagación del nomadismo se halla dificultada al Norte por el Mediterráneo y por los Estados que desde sus playas y tierra adentro se formaron; en cambio al Sud se extiende el desierto protector allende el cual son víctimas de sus conquistas pueblos débiles que no han podido constituirse en Estados. Sobre éstos se ha lanzado furioso el nomadismo hasta que se ha encontrado con la resistencia cada vez más enérgica que le oponían sus propias creaciones, es decir, la zona de los Estados del Sudán.

La influencia que la pasajera preponderancia política de

los pueblos de las estepas ejerce en el papel histórico de éstos y en su posición dentro de la esfera de la cultura, encierra un profundo sentido: lo más grande que realizaron fué su organización política y militar que les hizo conseguir éxitos momentáneos de colosales proporciones. Mas de esta elevación á potencia universal nació para ellos la necesidad de cumplir los deberes de la civilización, imprescindibles si no se quiere que á una elevación rápida suceda una rápida ruina. Los que á esa necesidad no se doblegaron volvieron á hundirse en el abismo de donde habían salido; los que sí, convirtiéronse en siervos de los mismos poderes que habían combatido. Los mogoles lucharon contra China, vencieron á este imperio y cuando quisieron consolidar su victoria fueron vencidos por la cultura china: la civilización corroboró una vez más la calidad tan arraigada en ella de robustecer al que la sirve y de debilitar al que se le resiste: éste no puede prescindir, una vez conocidos, de los goces de la civilización, pero carece del contrapeso necesario para contrarrestar la influencia de los mismos, contrapeso que estriba en el trabajo regular y principalmente en el cumplimiento de los deberes que la vida de cultura impone al hombre. Las aparentes ventajas que el nómada saca de la civilización le hacen más perezoso y torpe de lo que era en su primitivo estado. La colonización de la Mogolia, como la de la Manchuria, recibió su más poderoso impulso de la situación dominante que en China lograron los mogoles desde la época en que conquistaron el imperio septentrional (1234) hasta que cayó en 1368 su famosa dinastía de los Juen. Kublai Kan, fundador de esta dinastía, fué tan entusiasta de la civilización china como más tarde Kanghi, el gran emperador manchú, y procuró como éste extenderla entre sus belicosos pero rústicos compatriotas. Durante el largo reinado de Kublai vieron sus más próximos parientes que se identificaba con los chinos y abandonaba las costumbres de los tártaros. Muerto el gran emperador, las guerras intestinas destruyeron la fuerza de los mogoles en China dominantes al paso que los de Mogolia se robustecieron de un modo tan peligroso que los emperadores Ming hubieron de ponerse al frente de sus tropas, buscar á aquéllos en sus propios campamentos fortificados y seguir, después de haberlos sojuzgado, una política sistemática de asimilación que el emperador manchú Kanghi consignó en el cánon aun hoy vigente en la política de las estepas cuyos rasgos fundamentales reproducimos tomándolos del mejor testigo contemporáneo, del P. Gerbillón: «Los manchúes otorgaron á los más poderosos príncipes mogoles las dignidades de *Wan, Pei-le, Pei-se, Kong* y otras; señalaron un sueldo á cada caudillo de una bandera, marcaron las fronteras del territorio del mismo, promulgaron leyes según las cuales había de gobernar é instituyeron un tribunal supremo ante el que podía apelarse de las sentencias de estos príncipes. Todos los mogoles, así príncipes como plebeyos, están obligados á comparecer ante este tribunal cuando son citados. Añade este autor que el príncipe que de esta suerte unió bajo su cetro á chinos y mogoles hizo más en pro de la seguridad de China que el emperador que construyó la gran muralla.

De todos los asiáticos centrales los mogoles son los que más decididamente sucumbieron á esta funesta influencia: la civilización que aceptaron era tan potente como dañina y despiadada, pudiendo aplicarse generalmente la siguiente frase de Prschewalskij acerca de los mogoles chineizados de Alaschán: «La influencia de los chinos sobre los mogoles es siempre la misma, más bien desmoralizadora que civilizadora.» Este juicio ha sido aplicado, aunque en

forma más suave, á los manchúes y á los turquestaneses orientales sometidos á la influencia china. Hablando de la misma rama de los mogoles dijo posteriormente Prschewalskij: «En mi concepto, nada hay tan repugnante como un mogol chineizado que ha perdido sus antiguas buenas cualidades á cambio de las cuales únicamente se ha asimilado las malas costumbres que más se avienen con la naturaleza del nómada indolente. En este engendro no se encuentra ni la rectitud del mogol ni la aplicación del chino, á pesar de lo cual un mogol así transformado mira con desprecio á sus compañeros de raza.» Este severo juicio muy apropiado para la condición de mestizo, se refiere al estado de transición. Quizás pueda admitirse que el mogol aceptará la cultura china de un modo tan provechoso como el usbeke aceptó la civilización iraní, pero en tal caso no será mogol ni chino-mogol, sino simplemente chino.

La educación que el desierto proporciona á los hombres que en él habitan es también desde el punto de vista espiritual de poderosa eficacia. Aunque su horizonte es muy limitado, ó quizás por esta misma razón, sus sentidos adquieren un desarrollo extraordinario en todo lo que se refiere á la vida y á la permanencia en el desierto. Su vista y su oído son increíblemente finos, lo cual se comprende por ser éstos los sentidos que como centinelas leales les prestan mayores servicios. Su actividad intelectual sólo se dirige á los objetos más cercanos de su limitada existencia y por esto su voluntad es firme y sus resoluciones son prontas. Educados por la naturaleza para grandes cosas son más aptos para realizarlas que sus compañeros que habitan en suelo más fértil y bajo un clima más templado; además, el necesario contraste entre la miseria y la superioridad de fuerzas que allí se presenta ensancha el campo de su fantasía pero al propio tiempo les impulsa á exteriorizarla por sendas en extremo angostas. Oudney dice que los tuaregs son supersticiosos y sumamente crédulos teniendo para cada montaña y para cada caverna una leyenda especial y afirmando que las montañas desde hace mucho tiempo habitadas que se alzan al Este de Ghat y á cuya falda se extienden las antiguas ciudades fueron construidas por los genios para defenderles de los ataques de los turcos: por esto las denominan «nuestro baluarte oriental.» El desierto es el país de los castillos de los espíritus; las formas raras de los montes ó de los grupos de peñascos aislados han contribuido poderosamente á excitar la imaginación de los habitantes de estos territorios tan parcos en escenas estimulantes. Montañas como el Tschereka, en Air, que se compone de dos peñas abruptas y verticales semejantes á un doble cuerno y casi separadas desde su base, ó como el vecino Mari parecido á una alta torre arruinada con puntiagudas almenas, ó el Idinen del país de Asgar cuyo aspecto es el de una ciudad aruinada y enclavada en una montaña, necesariamente han de influir en la fantasía de los indígenas, ya de sí inclinada á las leyendas y á los fantasmas, y tienen que ser consideradas como de peligroso acceso por los malos espíritus que las habitan, á pesar de los amenos prados y de los espesos bosques de palmeras que detrás de sus muros de roca se suponen. Estos estímulos y á la vez limitaciones de la imaginación ejercen trascendental influencia en el desarrollo de los sentimientos religiosos de los habitantes del desierto.

El desierto educa para la independencia: la libertad del individuo es la recompensa de sus cuidados y de sus sufrimientos; allí sólo hay señores y esclavos no existiendo una clase intermedia. Un gobernador de Ghat decía: «El Sahara es un país lleno de cheikes», afirmación tan compatible

con el carácter democrático como con el aristocrático de estas regiones y que explica por qué mientras unos admiten sólo el primero los otros aceptan exclusivamente el segundo, según el punto de vista desde el cual hayan unos y otros estudiado la sociedad de los tuaregs, de los tibbús, etc. Además los habitantes de las estepas están de tal manera fraccionados en facciones que, cuando menos, hácese difícil entre ellos la presencia de una autoridad vigorosa. En una ciudad relativamente pequeña, como es Ghat, había en tiempo de Richardson tres facciones que representaban las tendencias monárquica, aristocrática y democrática: al frente de la primera figuraba el «sultán» de los tuaregs de Ghat; las otras dos estaban dirigidas por cheikes, siendo el que capitaneaba la aristocrática cheike-morabito. La tradicional rivalidad entre estas tres facciones, el factor más importante de lo que podríamos llamar vida política de estos pueblos, más que de principios es de personas y de tribus y no hay, por regla general, motivo alguno para traducir en hechos los sentimientos «liberales», pues mientras la libertad personal de los individuos del pueblo, libres por nacimiento, apenas se halla limitada en la práctica, los que no han nacido para gozar de ella carecen de impulso para ganarla con sus esfuerzos. Los numerosos señores sólo buscan objetos en quienes saciar su ambición de mando, y como no pueden tener muchos esclavos por la dificultad de alimentarlos tienen en vasallaje á poblaciones enteras de las que no se cuidan más que para despojarlas de todo dejándoles únicamente lo más indispensable para ir viviendo. Los grandes oasis son convertidos en dominios señoriales que se visitan en tiempo de la cosecha para saquear á sus habitantes, planteando así una forma de dominación política muy propia del desierto. Los habitantes de Borku viven en tan triste dependencia, de suerte que no obstante la fertilidad de su territorio son más pobres que sus compañeros de tribu de las montañas del Norte: dada su sobriedad natural, tendrían siempre un sobrante de dátiles y de trigo, pero como amigos y enemigos les roban constantemente los frutos de su trabajo, á pesar de la abundancia de alimentos de que disponen, comen frutos de la palmera dum, semillas de grama y hasta madera tierna de palma datilera y aun á menudo cébase en ellos el hambre, comiendo sólo carne cuando la casualidad se la depara, lo cual sucede muy raras veces. Poseen menos cabras y ovejas que los tedas: la leche es para ellos de gran valor dada la escasez de carne que allí se nota, y los pocos bueyes sueltos que en su territorio se ven han sido importados de Kanem ó de Wadai. El pueblo que, como éste tan digno de lástima, ha sido una vez sojuzgado no logra fácilmente librarse de las cadenas de la miseria que sobre él pesaron y lo más que consigue es cambiar de amo. Además de estos vasallos perpetuos constituyen las caravanas y los comerciantes aislados una fuente de ingresos para los codiciosos señores del desierto que generalmente perciben por cada camello un impuesto cuyos productos, por pequeños que nos parezcan, tienen gran importancia para los cheikes de los tuaregs, tibbús y árabes y muchas veces han sido origen de sangrientas luchas. A consecuencia de una de éstas encontró Bary en 1876 al pueblo tuareg en completa conmoción.

Que los intereses de la civilización en frente del nomadismo son iguales en todas partes es un principio que practican á menudo los chinos sin saberlo; en cambio los hombres de Estado rusos están, desde hace mucho tiempo, firmemente convencidos de que en frente de los nómadas los intereses de ambos imperios son idénticos y estriban, según palabras del coronel Wenjukow, «en debilitar